

20. Comentarios libres acerca de las tareas.
21. Los exámenes fueron diseñados de acuerdo a los objetivos del curso.
22. El tiempo asignado a la resolución de los exámenes, en general fue:
23. Comentarios libres acerca de los exámenes.
24. La calificación final que obtuve en el curso en función de mi aprovechamiento durante el curso fue:
25. La evaluación de los exámenes fue:
26. La evaluación de las tareas fue:
27. La calificación final que obtuve en el curso en función de lo que aprendí fue:
28. Comentarios libres acerca de la evaluación del curso.
29. El profesor consideró mis conocimientos previos al impartir el curso.
30. El apoyo bibliográfico para mi aprendizaje durante el curso fue:
31. Algunos de los conceptos que aprendí en el curso me serán útiles para otras áreas diferentes al tema del curso.
32. La organización del curso fue:
33. Estoy satisfecho con lo que aprendí en el curso.
34. Me sentí libre de preguntar al maestro cualquier pregunta.
35. El curso contribuyó a mi educación como ingeniero.
36. El curso contribuyó a mi formación como persona.
37. Durante el curso, analicé valores que me ayudarán en el futuro, tales como, honestidad, servicio a la gente, responsabilidad, justicia.
38. Comentarios libres acerca del curso en general.

## La faceta humana de la ciencia

*José Luis Córdova F.*

*Departamento de Química, UAM-I*

*"La ciencia dice qué cosas son posibles.  
La inteligencia nos dice qué cosas tienen sentido.  
Hoy día tenemos más ciencia que inteligencia."*

*MAX BORN*

A principios del siglo pasado las ciudades con más de cien mil habitantes contenían al 1.7% de la población mundial. En 1970, era el 24%. Desde los orígenes de la humanidad hasta 1950, el planeta llegó a un número de habitantes que, en menos de 40 años, se duplicó.

Para los que han nacido y vivido en grandes ciudades tales cambios no llevan a un sentimiento de pérdida. Para los que tuvimos parientes "de rancho" hay un regustillo nostálgico. Veamos por qué.

En las ciudades no conocemos el poder de la Naturaleza como en el campo. No conocemos la dependencia del hombre de lluvias, granizo, heladas, sequías, etcétera. Basta ir al "súper" para comprar alimentos. No sabemos lo que es el trabajo físico ni la urgencia impostergable de dar de comer a los "animallitos" o limpiar el chiquero. En la ciudad hemos perdido el horizonte, la oscuridad y, en pocas palabras, el sentido de fragilidad y contingencia. Hemos perdido la conciencia de misterio, la aceptación de fenómenos que están más allá de la comprensión.

¿Será por ello que la cultura urbana tiene tan arraigado el individualismo, la prepotencia, el consumismo...? ¿Será, más bien, que a la diosa ganancia con-

viene la homogeneidad de los clientes ciudadanos? Homogeneidad en entretenimientos, en valores, en gustos y en gastos. Al salir del campo se cambia el esfuerzo por el *stress*. Situación paradójica, ya que el precio del confort es el *stress*. Situación paradójica, porque teniendo en la ciudad máquinas para ahorrar tiempo se tiene, cada vez, menos tiempo.

Parece que el gran valor de la cultura urbana es uno: comodidad. Comodidad que, como valor polifacético —bienestar, tranquilidad, confort, placer instantáneo, etcétera—, implica la ingenua creencia de que el avance científico y el progreso material llevan automáticamente a un aumento en la calidad de vida.

El alejamiento de los ciclos vitales de la naturaleza, la ruptura con la vivencia cotidiana de fuerzas que superan al hombre (y de las cuales depende) hace que la cultura urbana carezca de sustancia. No porque carezca de símbolos, sino porque son símbolos sin contenido vivido por el sujeto.

De aquí la necesidad de volver el rostro a la sabiduría de los que nos han precedido. Sabiduría como la que recogió Ermilo Abreu en su libro *Canek*. De él son los siguientes extractos:



Canek habló a Guy:

— Mira el cielo. Cuenta las estrellas.

— No se pueden contar.

Canek volvió a decir:

— Mira la tierra. Cuenta los granos de arena.

— No se pueden contar.

Canek dijo entonces:

— Aunque no se conozca, existe el número de las estrellas y el número de los granos de arena. Pero lo que existe y no se puede contar y se siente aquí dentro, exige una palabra para decirlo. Esta palabra, en este caso, sería "inmensidad". Es como una palabra húmeda de misterio. Con ella no se necesita contar ni las estrellas ni los granos de arena. Hemos cambiado el conocimiento por la emoción: que es también una manera de penetrar en la verdad de las cosas.



Canek dijo:

— ¿Cuál es la diferencia que separa al hombre del bruto? Unos dicen que el alma. Pero esto es parecer de los orgullosos. Otros dicen que la razón. Pero ésta es creencia de los filósofos. Diré que más creo en otra diferencia: La diferencia que más separa al hombre del bruto es la facultad

que tiene el primero para reprimir y matar su apetito.



Canek dijo:

— Las cosas ni vienen ni van. Las cosas no se mueven. Las cosas duermen. Somos nosotros los que vamos a ellas. Por esto la memoria no es un arma del espíritu dispuesta para evocar el pasado. Es más bien una facultad que nos permite, en un

instante, ver lo que es, en su esencia, fuera del tiempo. La memoria nos permite subir a un estado, inexplicable para nuestra conciencia, en el cual todo está presente. Esto que les digo me lo explicaba con razones y palabras buenas mi padrino (hombre de mucho saber y de pocos libros). Es cosa que nunca entendí pero que me agrada recordar aquí dentro de mi corazón.



Canek dijo:

— Cuando vino la palabra, no vino sola. Vino acompañada de su eco derramado en el espacio de la tierra. Y la palabra y su eco crearon todas las cosas: desde las cosas mínimas de aquí abajo hasta las cosas infinitas de allá arriba. En el tiempo, se juntaron el gusano, el hombre y la estrella. Y se vio que los tres seres tenían luz que era emanación de lo profundo puesto en ellos. Esto pocos lo saben; y casi ninguno lo siente. ¡Dichoso de aquél que, al menos, adivina este misterio!



Canek dijo:

— En la fe el espíritu descansa; en la razón vive; en el amor goza; sólo en el dolor adquiere conciencia. ▣

